

Habacuc



El peligro de perder la esperanza (1.2-4)

John L. Kachelman, júnior

¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? [...] por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia (1.2-4).

La construcción de una alta chimenea se había terminado, y se estaba quitando el andamiaje. Un hombre se había quedado sobre la parte superior para supervisar el proceso. Los obreros habían olvidado dejar una cuerda que le permitiera descender. La esposa de aquel hombre estaba en casa, cuando el hijo de ella irrumpió gritando: «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Olvidaron la cuerda y papá se va a lanzar abajo!». Cuando ella salió a toda prisa, iba moviendo los labios en la angustia de la oración. Una multitud miraba arriba al pobre hombre que se movía sobre la estrecha corona, aterrorizado. Parecía que en cualquier momento podía caer o lanzarse a causa de la desesperación. Su esposa gritó: «¡Espera, John! Quítate las calcetas y desenreda el hilo». Y así hizo él. «Ahora ata el extremo a un pedazo de mortero y bájalo con cuidado». Él echó abajo el hilo, llegando el extremo de este cada vez más bajo, y todos miraron hasta que por fin estuvo al alcance. Luego ataron el hilo al extremo de un cordel. «Ahora súbelo», dijo ella. El hombre pudo así tomar el cordel y parte de la cuerda se ató luego al cordel. «Ahora sube la cuerda», gritó ella. En su momento el hombre tomó la cuerda y la aseguró. Hubo algunos minutos de suspenso cuando él se deslizaba hasta el suelo. Luego, en medio de los gritos de la multitud, se arrojó a los brazos de su esposa. Aquel hilo, de apariencia tan insignificante, fue causa de gozo, porque trajo tras sí el cordel y luego la cuerda salvadora.

Después de contar esta ilustración, un predicador comentó: «Amigo, puede ser que usted se haya hundido muy profundamente en el pecado;

pero hay un hilo de amor divino que baja del trono del cielo y se ofrece incluso a usted. ¡Tome ese hilo! Puede que parezca pequeño, pero es de oro. Mejora lo que tienes, aunque sea poco, y más se te dará. Ese delgado hilo de amor, si usted no lo descuida, ¡le llevará de la desesperanza al regocijo!»¹

Cuando entendemos la desesperanza, ¡reconocemos que no hay causa justificada para la presencia de ella en la vida cristiana! «Desesperanza» significa literalmente «estar sin salida; estar completamente perdido y sin recursos». Se refiere a un estado mental en el que uno cree que no hay esperanza. La desesperanza deshonra a Dios. Degrada al Soberano Dios a una fuerza impotente, que insinúa que Él no cumple Sus promesas o que él es incompetente para ayudar a los Suyos. La desesperanza conduce a un práctico rechazo de las Escrituras como la absoluta Palabra de Dios. Los que son presa de la desesperanza han perdido la fe que es esencial para la vida cristiana. Ellos ponen su mirada en los recursos del mundo, en lugar de confiar en la capacidad de Dios. Los que pierden la esperanza, se «cansan» hasta «desmayar» (Hebreos 12.3).

A pesar de lo trágica que es la desesperanza, ella es no es un enemigo desconocido para los seguidores de Dios. Esta es la razón por la que Cristo instó a todos a «orar siempre, y no desmayar» (Lucas 18.1). Pablo tuvo problemas con la desesperanza y venció. Las palabras llenas de seguridad que escribió a los cristianos corintios ponen de manifiesto el peso que la desesperanza había ejercido en su vida. Reconoció que casi

¹Elon Foster, *New Cyclopaedia of Prose Illustrations* (Nueva enciclopedia de ilustraciones para prosa), vol. 1 (New York: Funk & Wagnalls, 1870), 187.

«[perdió] la esperanza de conservar la vida». Venció esta mortal emoción por medio de confiar en Dios (cf. 2ª Corintios 1.8–10). Habacuc también confesó susceptibilidad a la desesperanza:

¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? ¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia (1.2–4).

La vulnerabilidad de Habacuc a las arremetidas de la desesperanza constituye una gran lección para nosotros. En 1.2, se dice del profeta que «da voces» [grita] a Dios. La frase significa literalmente «gritar o rugir» de dolor. ¡Habacuc deseaba literalmente pegar gritos! El texto hebreo indica que el profeta había estado protestando por la injusticia por largo tiempo, sin embargo sus protestas habían sido recibidas continuamente con silencioso desaire. Habacuc insinuó que ni siquiera gritar a Dios ayudaba. La desesperanza había hecho presa de él.

Al igual que este desconcertado profeta, nosotros forcejamos con problemas. Puede que oremos insistentemente, pidiendo ayuda a Dios, pero creyendo que la única respuesta es el silencio. Considere este texto y observe las enseñanzas acerca de la desesperanza. Descubriremos siete verdades acerca de esta traicionera emoción.

DESTRUYE LA FE EN DIOS (1.2)

Habacuc se dirigió a Dios como «Señor», literalmente, «El Dios de Pactos de Israel». Este título se usaba para recalcar la relación de Israel con Dios después que se hizo el pacto en el monte Sinaí. Como «Dios de pactos» que era Él, se esperaba que Jehová sustentara y protegiera a aquellos con quienes Él había entrado en acuerdo. Habacuc insinuó que Dios estaba descuidando a Su nación de pactos, esto es, que el cuidado prometido estaba faltando. La acusación suena casi blasfema; pero antes de juzgar las palabras de Habacuc muy severamente, debemos considerar cómo reaccionamos a circunstancias difíciles. La fe puede ser lo primero que muere cuando la desesperanza ataca. Cuando somos rodeados por lo «imposible», tendemos a olvidar las promesas y el poder de Dios (cf. Salmos 13.1–2; 22.1–2; Daniel 9.13; Apocalipsis 6.9–11).

El rey Saúl ilustró cuán mortal puede ser la desesperanza para la fe de uno. La derrota que

sufrió Saúl en el monte Gilboa, no se debió a la fuerza de los filisteos, sino a la desesperanza que destruyó la seguridad y la confianza en el poder de Dios. La fe de Saúl fracasó (1º Samuel 28.15–20). Su espíritu se deprimió, y su ánimo se destruyó. ¡El dirigente de Israel se dejó vencer por la desesperanza! Sin fe, sus tropas tenían poca probabilidad de victoria en la batalla del día siguiente. La angustia de Saúl había sido causada por la ausencia de Dios en su vida (1º Samuel 28.15b). Habacuc estaba cerca de esta misma derrota cuando gritó las palabras de 1.2–4.

Los cristianos pueden compadecerse de Habacuc. No es que nosotros no creamos que Dios puede corregir los males de la sociedad, sino que nos preguntamos si a Dios realmente le importa, o si nos ha olvidado. Al igual que Habacuc deseamos gritar para lograr que Dios nos dé Su atención. Nos frustra el aparente éxito del mal y la supresión del bien. Vemos la inmoralidad de los adolescentes, el SIDA, la violencia y el aborto, y nos preguntamos: «¿Dónde está Dios? ¿Cómo puede Él permitir que sucedan estas horribles cosas?» Estas preguntas pueden acechar la fe, pero la respuesta para hacerles frente es expresada por Jesús en Lucas 18.1: ¡no debemos «desmayar»! Debemos aprender, como aprendió Habacuc, que el silencio de Dios no significa que Él nos ha abandonado.

Cuando las tribulaciones de este mundo se agolpan sobre los cristianos, ellos deben cuidar su fe en Dios. Para sobrevivir a los peligros de un mundo hostil, lleno de violencia, mentiras y engaño, los cristianos deben tener una fe en Dios que confía y es absoluta. Cuando permitimos que la desesperanza destruya nuestra fe en Dios, ¡nosotros perdemos toda esperanza!

ESTIMULA LOS CONFLICTOS, LOS PLEITOS Y LA AMARGURA (1.3b)

La sociedad de Habacuc ilustró el trágico fruto de la desesperanza. Cuando la desesperanza aleja a la gente de Dios, queda solo el entendimiento mortal para hacer frente a las injusticias de la vida. Hay quienes creen que su sabiduría es suficiente para reconciliar la injusticia. No obstante, la mortalidad es abismalmente incompetente. Jeremías habló a una generación que confiaba en la sabiduría mortal para obtener entendimiento apropiado: «Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos» (Jeremías 10.23).

Cuando los que están atrapados en la desesperanza, confían en su propia sabiduría, para resolver el mal, la situación sencillamente empeora.

Los egoístas que pasan por alto la Palabra de Dios, se distinguen por estar siempre prestos a culpar a otros por sus problemas. Llegan a ser expertos críticos y guardan rencor a todos los que no están de acuerdo con la «sabiduría» de ellos. Se disuelven en facciones. Hay turbulencia, odio e inseguridad.

A Israel se le había advertido acerca de esta amargura y desesperanza. Moisés dijo: «Ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará Jehová corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma» (Deuteronomio 28.65). Israel había desestimado esta advertencia, y había seguido su propia «sabiduría». Es deseable que los seguidores de Dios rechacen las tentaciones a perder la esperanza, de modo que no se conviertan en fuentes de conflictos, peleas y rencores.

SOMETE A DERROTA LA VICTORIA (1.2b)

La desesperanza nos conduce a rendirnos a Satanás. El verlo todo negro nos enceguece; creemos que no podemos ganar. No tenemos esperanza. La sabiduría de Proverbios advierte con estas palabras: «Si fueres flojo en el día de la angustia, tu fuerza será reducida» (Proverbios 24.10; NASB). Jeremías proporciona una acertada descripción de los que están agobiados por la desesperanza, diciendo: «Es en vano» (Jeremías 18.12a). Los que se rinden a la desesperanza no pueden disfrutar la victoria que viene por confiar en el poder de Dios (Jeremías 8.20; Salmos 31.22a).

Como cristianos que somos debemos determinar que confiaremos en el poder de Dios sin importar cuán insostenible pueda parecer una situación. Debemos responder al llamado a una inquebrantable confianza en lo que Él puede hacer (cf. Hebreos 10.35–39).

¡Preparémonos para las arremetidas de la desesperanza! No debemos jamás someter a derrota la victoria que es nuestra en Cristo Jesús (Romanos 8.31–39; 2ª Corintios 4.8).

CULPA A DIOS (1.2a)

Habacuc estaba enojado porque creía que Dios lo estaba obligando a presenciar el extendido mal que no era censurado. Su respuesta muestra cómo la desesperanza a menudo distorsiona nuestro entendimiento de cómo actúa Dios. A menudo culpamos a Dios por lo que *Él no ha hecho*, ¡en lugar de agradecerle por lo que *sí ha hecho*! Este distorsionado concepto es ilustrado por Job, que expresó: «Porque me ha quebrantado con tempestad, y ha aumentado mis heridas sin causa» (Job 9.17). Aun

el salmista cayó víctima de este mal de la desesperanza cuando preguntó: «¿Desechará el Señor para siempre, y no volverá más a sernos propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia? ¿Se ha acabado perpetuamente su promesa? ¿Ha olvidado Dios el tener misericordia? ¿Ha encerrado con ira sus piedades?» (Salmos 77.7–9).

La bondad de Dios es innegable. Todo lo que Dios hace es bueno (Santiago 1.13, 17). Habacuc no podía ver esto porque la desesperanza le había distorsionado el ojo de la fe. Tengamos cuidado de no caer en esta misma trampa.

SIEMPRE VE LO NEGATIVO, NUNCA LO POSITIVO (1.4)

Cuando Habacuc miraba a su alrededor, lo único que veía era cómo todo se había echado a perder. Estaba tan ciego por la desesperanza, que no podía mirar nada positivo en lo que Dios estaba haciendo. Sus palabras describen una situación terrible. En primer lugar, afirmaba que la Palabra de Dios era vista con desprecio, esto es, «debilitada». Esta palabra se refiere a algo que está «muerto, sin fuerzas, paralizado». Para Habacuc, la Palabra de Dios había llegado a ser ineficaz. En segundo lugar, afirmaba que la justicia no era visible, al no salir «según la verdad». La verdad estaba cubierta de engaños y mentiras. En tercer lugar, afirmaba que aquellos que defendían la justicia eran tratados con hostilidad, amenazas y traición; la justicia salía «torcida». Todo lo que se relacionaba con la verdad, era maltratado, y parecía que no había nadie, ni siquiera Dios que corrigiera el asunto.

El negativismo de Habacuc se ve a menudo en individuos atrapados por la desesperanza. Son incapaces de ver bien alguno, tampoco ven perspectiva alguna de justa retribución, o promesa alguna de que su situación puede llegar a mejorar. Job 3.1–26 y Salmos 42.3, 10 ilustra cómo la desesperanza puede perjudicar nuestras vidas.

Un hombre que había estado activo una vez en la iglesia, había dejado básicamente de trabajar para el Señor. Era un «calentador de banca». Dejaba de congregarse si otros planes interferían. Cuando se le preguntó por qué había sufrido tan decepcionante cambio, él contestó: «Supongo que perdí la fe en mis hermanos. Vi cómo actuaban de una manera el domingo y luego de otra manera el resto de la semana. Algunos mentían. Otros cometían fraude en asuntos de negocios. Muchos no venían a los servicios como era debido». Él siguió hablando sin parar acerca de las imperfecciones de sus hermanos. Este hermano había sido vencido por la

desesperanza y solo podía ver lo negativo. No acertaba a entender que si Cristo hubiera usado este estándar, Él también, habría renunciado a Su misión. Nuestro Señor soportó a Judas, un traidor sin fe, y a Pedro, un arrogante hablador. ¡Cristo estuvo continuamente en medio de fariseos hipócritas y de hombres de negocios sin escrúpulos que disimulaban su maldad con piedad! A pesar de esto, no se rindió.

Debemos seguir el ejemplo de Cristo para evitar el peligro de la desesperanza. Nadie en la iglesia del Señor es perfecto. Si bien algunos decepcionan, no todos lo hacen. Para que podamos evitar ser desanimados por el negativismo de la desesperanza, debemos hacer lo que Cristo hizo. ¡Debemos hacer la obra que tenemos por delante, no permitiendo que la desesperanza centre nuestra atención en lo negativo! Puede que haya muchos aspectos negativos delante de usted, como los hubo delante de Habacuc, ¡pero no sea ciego a los aspectos positivos! Busque el bien que siempre está presente.

INSISTE EN UNA SOLUCIÓN AHORA «MISMO» (1.2)

Es obvio que Habacuc había estado orando acerca de los males que le rodeaban, por largo tiempo. De hecho, había comenzado a perder la esperanza de que se le diera respuesta alguna. Debido a que creía que Dios no estaba escuchando y que no respondería, el tono de Habacuc llegó a ser exigente. Quería que Dios respondiera «¡ahora mismo!». Esto revela otro sutil comportamiento de la desesperanza. Hace que nos volvamos impacientes.

Si bien muchos han dado muestras de esta impaciencia, pocos están dispuestos a reconocerla. Es difícil esperar en Dios cuando estamos rodeados por la injusticia. Es difícil reposar confiadamente en las provisiones de Dios cuando el mal parece victorioso. Muchos son como Habacuc, al desear que Dios actúe según las fechas que indica su propio calendario, y al no dar muestras de paciencia en Él (Romanos 12.19).

El salmista confesó su error en este aspecto. Se dejó llevar por la angustia, y la desesperanza lo venció. No le parecía que los clamores que presentaba a Dios estuvieran siendo atendidos. Esta era la conclusión a la cual había llegado: «Cortado soy de delante de tus ojos». Todo le parecía sombrío y sin esperanza, pero la esperanza sí llegó. Cuando el salmista reflexionó sobre su impaciencia, esto fue lo que aseveró: «Pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba» (Salmos 31.22). Debió de haberle apenado cuando recordó

esa situación. ¿Cómo pudo habersele ocurrido que Dios no se preocupaba? ¿Cómo pudo haber llegado a la conclusión de que Dios lo había «cortado»? Al volver la mirada hacia atrás, él vio que fue insensato creer que Dios abandona a los que le obedecen.

¡Debemos animarnos por la fidelidad de Dios! Debemos esforzarnos por cultivar la fe que confía y que no insiste en que Él actúe «ahora mismo».

DESTRUYE TODA ESPERANZA PARA EL FUTURO (1.3-4)

Habacuc no creía que en el futuro pudiera llegar algún bien a la nación. Había llegado a la conclusión de que a la situación de Judá no le quedaba más que empeorar. Al igual que Job, Habacuc podía haber preguntado: «¿Dónde, pues, estará ahora mi esperanza?» (Job 17.15; cf. Proverbios 13.12a).

Los cristianos deben entender que la esperanza para el futuro se esfuma cuando la desesperanza vence nuestra fe. Dios había advertido a los Suyos acerca de esto. Si ellos rechazaban la voluntad de Dios, toda esperanza se perdería: «... y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida» (Deuteronomio 28.66). ¡Qué situación más espantosa en la cual se puede encontrar uno! Judá comprobó más adelante cuán verdadera es la Palabra de Dios. Cuando Jeremías anduvo en medio de los escombros de la conquistada ciudad de Jerusalén, él comentó: «Percieron mis fuerzas, y mi esperanza en Jehová» (Lamentaciones 3.18).

La esperanza del cristiano es «segura y firme ancla del alma» (Hebreos 6.19). Se sustenta en una fe que confía en que Dios tiene el poder y el deseo de proporcionar un glorioso futuro a Sus seguidores.

Dios ve el final desde el comienzo. Como cristianos que somos, hemos recibido una «esperanza» eterna que es segura y firme. Esta «esperanza» nos permite confiar en Dios, aunque no podamos ver el final, ni entender los «motivos».

CONCLUSIÓN

La desesperanza es un cruel peso que a menudo captura y destruye a los seguidores de Dios. Los cristianos deben guardarse de este mal y vencer la tentación de él. Los que superan la desesperanza hallarán ricos galardones. Durante la «Guerra del Rey George», las tropas de New Hampshire salieron a enfrentar al enemigo en Louisburg, una fortaleza francesa que se consideraba inexpugnable y se le llamaba «El Gibraltar de América». Antes que las tropas salieran de su puesto de origen, ellas diseñaron una bandera que se llevaría al frente de

la columna. Siguiendo el espíritu de las Cruzadas, esto es lo que se leía: «¡No perdamos la esperanza, porque Cristo es nuestro líder!». La bandera era un constante ánimo. Las tropas lograron que la fortaleza se rindiera a los ingleses. La victoria se consideró poco menos que un milagro.²

Nosotros, como soldados cristianos que somos,

² Foster, 245.

estamos marchando hacia adelante para batallar contra las fuerzas de Satanás. Animémonos con el mensaje de la bandera de New Hampshire: «¡Jamás perdamos la esperanza, porque Cristo es nuestro líder!». Vamos a encontrarnos injusticia. Las decepciones harán que empeore la tristeza en nuestras vidas y nos tentarán a retirarnos. Tomemos la determinación de que vamos a mantener la fidelidad a Dios y de que jamás tocaremos la retirada (2ª Tesalonicenses 1.4). ■

Habacuc: Bocetos para inicio de lecciones

El pecar contra uno mismo (Habacuc 2.10b)

«... Has pecado contra tu vida».

Esta es una asombrosa acusación. ¿Cómo ocurre?

1. Al permitir que la codicia ejerza dominio de la vida de uno mismo (2.9a).
2. Al confiar en uno mismo para encontrar protección (2.9b).
3. Al no condenar actos vergonzosos (2.10a).
4. Al actuar insensiblemente contra otros (2.10b).

Pecamos contra nosotros mismos cuando ponemos en peligro nuestras almas con el egoísmo. Aunque creamos que estamos actuando por nuestro propio bien, ¡nos estamos haciendo daño!

«¡Haz conocer Tu voluntad!» (Habacuc 3.2)

«Oh Jehová, he oído tu palabra, y temí. Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia».

¿Por qué el clamor de Habacuc en esta oración?

1. Porque el pueblo de Dios había olvidado a Su Señor (1.2–4).
2. Porque las naciones paganas ya no temían a Dios (1.13–17).
3. Porque un avivamiento del conocimiento fortalecería la fe (2.4).
4. Porque el trágico juicio vendría (3.3ss).

¡Estas mismas verdades se aplican a nosotros hoy! Debemos hacer conocer la voluntad de Dios a todos.